



UNIVERSIDAD
Finis Terrae

UNIVERSIDAD FINIS TERRAE
FACULTAD DE COMUNICACIONES Y HUMANIDADES
ESCUELA DE LITERATURA

**LA INTIMIDAD EN *84, CHARING CROSS ROAD* (1970)
DE HELENE HANFF**

GIANNELLA RIVERA CARRIÓN

Tesina presentada a la Facultad de Comunicaciones y Humanidades de la Universidad Finis
Terrae, para optar al grado de Licenciada en Literatura con mención Edición de textos

Profesora Guía: Megumi Andrade Kobayashi

Santiago, Chile

2023

ÍNDICE:

1. INTRODUCCIÓN.	4
2. INTIMIDAD: DEFINICIÓN.	8
3. TEXTO EPISTOLAR: ORIGEN E IMPORTANCIA EN LA LITERATURA.	10
3.3. La intimidad de las cartas en <i>84, Charing Cross Road</i>	17
4. EL LIBRO COMO OBJETO A LO LARGO DE LA HISTORIA.	24
4.1. La intimidad del libro como objeto en <i>84, Charing Cross Road.</i>	26
5. LA LECTURA.	29
5.1. La intimidad de lectura en <i>84, Charing Cross Road.</i>	31
6. MARGINALIA Y HUELLAS LIBRESCAS.	35
6.1. La intimidad de la marginalia y huellas librescas en <i>84, Charing Cross Road.</i>	37
7. CONCLUSIÓN Y PROYECCIONES.	40
8. BIBLIOGRAFÍA.	42

Resumen:

84, Charing Cross Road (1970) de Helene Hanff, es una obra que recoge el intercambio de cartas reales entre la escritora Hanff que vivía en Estados Unidos y Frank Doel, un librero de Londres. En estas cartas se aprecia la relación entre Hanff, Frank Doel y el resto de los trabajadores de la librería Marks & Co., y cómo la autora se relaciona con los libros. En esta tesina se analizará el problema de la intimidad y cómo esta se manifiesta al interior del libro. La hipótesis es que la intimidad se manifiesta en cuatro niveles diferentes: en el texto epistolar, en el libro como objeto, en la lectura, y en la marginalia y huellas librescas. Para delimitar la definición de intimidad se utilizará el concepto de José Luis Pardo presente en el libro *La intimidad* (2004).

Palabras claves: Helene Hanff - *84, Charing Cross Road*- intimidad- cartas- historia del libro- historia de la lectura- marginalia - huellas librescas

1. INTRODUCCIÓN

Helene Hanff (Pensilvania 1916), fue una escritora que creció en Nueva York junto a sus padres quienes eran de bajos recursos económicos. No tenía estudios universitarios, pero eso no era un impedimento para ella, ya que suplió aquella falta por sí sola, y adquirió una afición por la literatura clásica. Se interesó en el teatro gracias a su padre, quien buscaba satisfacer esta antigua pasión intercambiando camisetas por entradas para las funciones. Es esto lo que la llevó a iniciar su carrera literaria como escritora de obras teatrales, pero no consiguió producirlas, así que comenzó a trabajar como guionista para la televisión. También se le atribuyen algunos cuentos infantiles o ensayos históricos de los que poco se sabe. Lo que la hizo alcanzar la fama que no logró obtener con sus guiones fue *84, Charing Cross Road* (1970). Aun cuando vivió de las ganancias de sus derechos de autor, Hanff falleció en una residencia para ancianos, sin un peso, a la edad de ochenta años.

84, Charing Cross Road es una obra que recoge el intercambio de cartas entre una joven escritora de treinta y tres años que vive en Estados Unidos y un librero de la librería Marks & Co., ubicada en la calle 84 de Charing Cross Road en Londres. La historia gira en torno al desarrollo de una amistad a distancia que inició un cinco de octubre de 1949, pocos meses después de que terminara la Segunda Guerra Mundial. Esto fue gracias a los gustos de la escritora por los libros y la lectura, que la llevó a buscar a la librería, pues era la que más se acomodaba a su bolsillo. Uno de los elementos particulares de esta obra es su carácter epistolar, que en este caso, no derivan de la imaginación de un autor, sino que es la propia autora la que envía cartas solicitando libros a esta pequeña librería. Que si bien, comienza como un diálogo entre un vendedor y un comprador, poco a poco se extiende a otro tipo de conversaciones. En un total de 81 cartas, se logra conocer la relación que tiene Hanff con los libros, así como con las distintas personas que ella interactúa.

La primera carta respondida a la de Hanff, es de alguien que firma con las siglas F.D.P, que tiene un tono formal. En la cuarta carta enviada a la autora, se conoce el nombre de esta persona: Frank Doel. Es quien está a cargo de responder las cartas y las solicitudes de Hanff. Aunque, la misiva del día 9 de diciembre de 1949 es la que hace un cambio en este trato de comprador/vendedor, pues Hanff envía alimentos a Inglaterra, después de enterarse que el país estaba en una crisis. Gracias a esto, hay una mayor cercanía entre estos dos interlocutores

y Doel se vuelve , no solo el librero personal de la autora, sino también su confidente. Es con quien se queja de las malas traducciones y a quien le cuenta de su trabajo o sus problemas económicos. Entre Hanff y Doel hay un total de 56 cartas intercambiadas, en las que se aprecia la cercanía y el cariño entre estos dos personajes, a nivel que Hanff conocía a las hijas de su amigo.

Pero Doel no es con el único que Hanff conversa, también lo hace con otras personas cercanas a él. Como el caso de Cecile Farr, compañera de trabajo de Doel, con quien Hanff intercambia un total de 7 cartas. Ella es la encargada de enviarle a Hanff las facturas sobre las compras que realizaba. En la primera carta que inicia esta relación, la escritura de Farr tiene un tono amistoso y le permite a Hanff conocer parte de su vida personal. Algo a lo que la autora igualmente responde, le cuenta sobre su vida y el sueño que tiene de viajar a Londres. En el resto de las cartas, se mantiene este tono amistoso entre estas dos mujeres, donde se intercambian fotos y recetas de cocina, Farr comenta sobre su familia y le presenta a otros trabajadores de la librería. Así como también, algunos agradecimientos a causa de nuevos paquetes enviados por la autora.

Otra de las personajes con la que Hanff intercambia más de una carta es con Nora Doel, la esposa de su amigo. Hay un total de 6 cartas escritas por ella, pero no aparecen las escritas por Hanff. Sin embargo, se sabe que ella le respondía, pues es la misma señora Doel quien lo menciona. En estas misivas, le agradece a esta escritora joven, los alimentos enviados, y también se encarga de contarle cosas sobre sus hijas, entre otras cosas que tienen que ver con el ambiente familiar. Asimismo se encuentran otros interlocutores como trabajadores de Marks & Co., y una vecina de la familia Doel, que le escriben a Hanff en agradecimiento por la comida enviada. También se aprecian algunas cartas que Hanff le enviaba a sus amistades cercanas como a Maxine, a quien le comentaba sobre estos nuevos amigos que había realizado a la distancia.

Además, existen dos cartas que Hanff le envió a los trabajadores de Marks & Co., y en estas, les agradece los regalos que ellos le hicieron: libros. Para ella, este tipo de obsequios es bastante especial, pues como se ha mencionado, tiene una gran relación con estos objetos. Es por eso, que en estas cartas, lo que más se aprecia es este vínculo y el cómo los trabajadores de la librería lo sabían. Claramente, entre lectores y amantes de los libros, este

tipo de relaciones es bastante usual. Ya que el material se vuelve una parte importante de las personas y Hanff lo evidencia muy bien.

Como se puede apreciar, la relación que tiene Hanff con estas personas es diferente. Si bien, cada una de ellas entró a su vida, el más especial era Frank Doel. No solo porque fue con el que más cartas intercambió, sino porque la amistad se extiende por veinte años. Hasta que la carta del día 8 de enero de 1969, cambió parte de esta relación. Joan Todd, quien se presenta como secretaria, le comunica sobre el fallecimiento de Frank Doel, que fue el 22 de diciembre de 1968, por peritonitis.

Thomas Simonnet en el *post scriptum* de la traducción de la obra publicada por Anagrama comenta que, Hanff, después de enterarse de la muerte de Frank, intentó publicar las cartas en una revista como un texto corto. Sin embargo, la autora se desanimó, puesto que las cartas eran demasiado largas para la revista (124). Es entonces, cuando un amigo de ella, en vez de releerlas para escoger cuáles podrían ser publicadas en la revista, se las entrega a un editor. Este, le comunica personalmente a Hanff sobre la publicación de la correspondencia, en un formato libro. Meses después de la publicación, *84, Charing Cross Road* se convirtió en un éxito (124) que inspiró diversas adaptaciones: una serie de televisión, una obra de teatro, y una película protagonizada por Anne Bancroft y Anthony Hopkins en 1987.

A pesar de los años transcurridos tras su primera publicación, existe escaso material crítico dedicado a la obra. Sin embargo, sí ha sido posible encontrar una gran cantidad de reseñas en *blogs*, tanto en inglés como en español, de aficionados a la literatura que se sienten reflejados con el actuar y sentir de Hanff. También se han encontrado reseñas en revistas, como es el caso de Jean Pierre Naugrette con “84, Charing Cross Road”, comentario que fue publicado en francés en la revista literaria *Revue des Deux Mondes* en 2001. En el texto, el autor explica la trama de la obra y recalca la gran relación que tiene la escritora con el material que obtiene y, también, con el personal de Marks & Co. Asimismo, se encuentra el texto “La mujer que amaba los libros y muchas cosas más” de Renán Silva publicado en *Revista de estudios sociales*, en 2014 en Bogotá. En este, Silva también se enfoca en la relación de la autora con los libros y la solicitud de estos. Finalmente, está la reseña “¿Novela o documento?” de Juan Antonio Masoliver Ródenas en la *Revista de libros de la Fundación Caja Madrid*. El enfoque de este autor es más sobre la interacción entre Helene Hanff y Frank

Doel; sus diferentes personalidades que se entrecruzan en las cartas y el conocimiento de la autora sobre los libros clásicos junto con las observaciones que hace sobre estos.

Si bien es cierto que la relación de Hanff con Doel y la de ella con los libros es lo que más resalta, en esta tesina se analizará el problema de la intimidad y cómo esta se manifiesta en la obra. Por tal motivo, la pregunta de investigación es ¿De qué manera se manifiesta la intimidad en la obra *84, Charing Cross Road* de Helene Hanff?, y la hipótesis de esta tesina es que la intimidad se manifiesta en cuatro niveles diferentes. La primera forma es el texto epistolar, puesto que según Armando Petrucci (2018) y Patricia Violi (1987) las cartas tienen un carácter íntimo. La segunda manera es el libro como un objeto contenedor que resguarda ideas, historias y memorias. La tercera es la lectura, un acto que permite al lector acceder a lo que está preservado entre páginas. La cuarta y última forma es la marginalia y las huellas librescas que hacen mucho más estrecha la relación del lector con el libro y entre lectores. Por lo que el objetivo general de este trabajo es identificar las maneras en que se experimenta esta relación estrecha a partir de la lectura de la obra *84, Charing Cross Road*.

De igual manera, a lo largo de esta tesina se identificarán dos grupos de lectores, uno dentro de la obra, que serían los interlocutores/lectores de las cartas o la misma Helene Hanff como lectora de los libros y otro que se encuentra fuera de *84, Charing Cross Road* y es el que lee esta recopilación epistolar. Seymour Chatman en el capítulo “Discurso: historia no narrada” comenta que existen dos tipos de lectores, el implícito y el real. En el caso del lector implícito, el autor menciona que es: “el público presupuesto por la misma narración”(161), es decir, es la construcción de un tipo de público que el autor crea para la recepción de su obra. En el caso de *84, Charing Cross Road* se ocupará el concepto de lector implícito para referirse a aquellos que se encuentran dentro de la obra, es decir los interlocutores/lectores de las cartas, incluyendo a Hanff. En el caso del lector real, este se encuentra fuera de la obra; como plantea Chatman, es extrínseco a la narración (162). Este concepto se utilizará para referirnos al lector de carne y hueso que puede leer el epistolario en la vida real.

Por último, el orden de esta tesina será presentado a continuación: primero se definirá de manera teórica el concepto de intimidad a partir de la mirada de los autores Carlos Castilla del Pino (1989), José Luis L. Aranguren (1989) y José Luis Pardo (2004). Estas referencias

ayudarán a entender cómo comúnmente se conoce este término y cuál será la definición pertinente para esta tesina. Luego se realizará una contextualización teórica e histórica del género epistolar, cómo este llega a la literatura y cómo la voz del narrador y del autor se entremezclan. Posteriormente, se analizará cómo las epístolas dan un sentido íntimo en la obra y fuera de esta. En el caso del libro como objeto, se realizará un contexto histórico del libro para luego relacionarlo con la intimidad dentro y fuera de la obra. Este proceso se repetirá con el apartado de lectura, el cual se analizará el concepto. Finalmente, se realizará una contextualización teórica e histórica de la marginalia y las huellas librescas, para continuar con el estudio de cómo se hace presente lo íntimo en estas prácticas dentro de la obra.

2. Intimidad: definición

La palabra intimidad o lo íntimo suele usarse para hacer referencia a diferentes cosas: para hablar de la sexualidad entre una pareja, de los aparatos reproductores en referencia a las “partes íntimas” o de la ropa interior femenina como “ropa íntima”. Para darle una definición a este término, Carlos Castilla del Pino en la “Introducción” del libro *De la intimidad* (1989) menciona que: “[...] usamos la palabra intimidad a veces para definir lo inaccesible del sujeto, incluso lo indecible, pero también, en ocasiones, para el ámbito privado, y desde luego para la relación secreta habida entre dos, como es la relación amorosa o la confidencialidad” (9). Esto quiere decir que este concepto suele relacionarse con aquello a lo que no se puede acceder con facilidad, como es el caso de los pensamientos o sentimientos. También suele tomarse como sinónimo de privacidad, cuando son dos conceptos totalmente diferentes.

Tanto Castilla del Pino como José Luis L. Aranguren proponen que lo privado y lo íntimo son ámbitos o escenarios diferentes. Por un lado, José Luis L. Aranguren en “El ámbito de la intimidad” (1989) menciona que la privacidad surgió a raíz de una necesidad, esto es debido a que, en la prehistoria la vida era pública y no había un espacio delimitado para vivir en familia, incluso la religión se vive en comunidad (18). De manera que se crea este espacio físico limitado para las diferentes actividades que se ejercen. Dentro del ámbito privado se desarrolla lo que es la intimidad o la vida interior, que tiene que ver con el interior del sujeto: sus diálogos internos, la re-flexión de los propios sentimientos, etc. (20). Aranguren igualmente menciona que hay otros dos tipos de esta: la interpersonal, que se da al relacionarse con otras personas como es en el caso de una relación erótica, y la intrapersonal, la que se da en el sujeto consigo mismo y que nadie puede entrar o interrumpir (21).

Por otro lado, en el capítulo “Público, privado, íntimo” (1989), Castilla del Pino separa privacidad e intimidad en dos escenarios independientes y además introduce el escenario público que consiste en realizar acciones mostrándoselas a otros. Para este autor la ubicación del sujeto en los espacios es importante, ya que, a diferencia del escenario público, los dos anteriormente mencionados son inobservables e impenetrables. Pero en el caso de lo privado, hay un límite de observación, es decir, es la persona la que permite a quien enseñarle la privacidad, como cuando se invita a alguien a la casa. Mientras que en el espacio de lo

íntimo puede existir una transgresión cuando se intenta ingresar a este, ya que es algo que se cuida de los ojos ajenos. Además, Castilla del Pino menciona algo particular de la intimidad y es que: “Nada de lo íntimo es comprobable, ni por consiguiente su verdad o mentira. Esta puede inferirse a través de lo que digo o hago, pero jamás se tiene acceso directo a ella por su intrínseca inobservabilidad” (29). Esto quiere decir que la intimidad no se puede comprobar, ya que, al no ser observable, no se sabe si lo que se revela a un confidente –persona a la que se le cuenta un secreto o se le confía parte de la intimidad, a través de condiciones o por confianza– es cierto o falso porque no existen pruebas sobre eso y solo se puede inferir que lo que se cuenta es algo íntimo (29).

En contraposición a estos dos autores José Luis Pardo, en el libro *La intimidad* (2004) menciona que el concepto estudiado no tiene que ver con lo que no se puede contar, sino que es todo lo contrario. Para el autor, lo íntimo se da al contarle a los confidentes sobre la verdad de sí mismos (14). Esto se puede apreciar en el ámbito artístico, específicamente en la literatura, puesto que, según Pardo, es el área donde más se expresa lo que él señala como intimidad (27). La razón es que el receptor, al momento de leer, tiene conocimiento sobre lo que los personajes sienten de sí mismos, lo que no significa que la intimidad de los personajes deja de existir por ser revelada, sino que simplemente se comunica (28). Esto va más allá de si los personajes son reales o no, más bien se enfoca en los sentimientos del sujeto al leer sobre estos.

Además, Pardo comenta que esto también se da cuando la lectura se comparte, es decir, se lee en voz alta, o se cuenta sobre el libro que se está leyendo (28). Para este caso, el narrador es de suma importancia, puesto que el “arte” de contar –como lo definiría el autor– es de tal manera que debe “hacer tangible al lector el pavor o la tristeza en estado afectivamente puro sin necesidad de nombrarlo directamente” (29). En otras palabras, el narrador debe hablar de las profundidades del personaje haciendo que este sea tan transparente, que el lector pueda entrar a la intimidad.

Por todo lo anteriormente explicado, esta investigación utilizará el concepto de intimidad dado por Pardo, el cual explica que esta se comparte a otro de manera transparente. Además, se ocupará la definición del diccionario *Online Etymology Dictionary* que explicita

que la palabra intimidad viene del latín tardío *intimatus* que es el pasado participio de *intimare* que significa “dar a conocer, anunciar, impresionar” (s/p). Ambos conceptos serán la base del análisis de esta tesina, ya que en la obra *84, Charing Cross Road*, la intimidad se presenta tanto dentro, como fuera del libro.

3. TEXTO EPISTOLAR: ORIGEN E IMPORTANCIA

Un texto epistolar –o carta, como se lo conoce comúnmente– tiene como función transmitir un mensaje mediante el lenguaje escrito (aunque puede estar acompañado de dibujos, fotografías, etc.) bajo la circunstancia de que el emisor y el receptor no se encuentran en un mismo espacio físico. Patrizia Violi en su ensayo “La intimidad de la ausencia: formas de la estructura epistolar” menciona que: “Cuando escribo el otro está lejos, pero cuando reciba mi carta, ella hablará de mi lejanía” (89). Esto quiere decir que la conversación no se genera de manera directa ni tampoco de inmediato, al contrario, la respuesta de una misiva puede llegar mucho tiempo después, por lo tanto, el diálogo no ocurre al instante. Como comenta Violi, los tiempos del remitente y destinatario son completamente diferentes (89), pues cuando el remitente o receptor recibe la carta, la escritura de la misma queda en el pasado, y la lectura de ésta se vuelve el presente. Aun así, la conversación entre los locutores es posible.

El lingüista ruso Mijaíl Bajtín (1895-1975) cataloga a la carta como un género discursivo. Esto se debe a que posee enunciados que pueden presentarse de manera oral o escrita, y son parte de una sociedad que habla una misma lengua. Es decir, son contenidos que se dicen en un contexto en particular, en el que se ven implicados participantes o hablantes. Además de esto, es importante señalar que poseen una composición que permite definir un orden de lo que se pueda decir. Bajtín incluye a la carta como género discursivo, puesto que sus mensajes están escritos, y el contexto puede ser variado, es decir, cualquier tema puede estar presente. Además, se transmite entre dos o varias personas, dependiendo de la situación. Una carta posee un orden específico, que debe cumplir como género discursivo: en el inicio se encuentran los datos del lugar y la fecha. Luego viene el saludo, es decir, a quién va dirigida la carta. También tiene cuerpo, que es el asunto por el cual se escribe la carta. Le sigue una despedida como “atentamente”, “con cariño”, etc.; y finalmente, la firma o el nombre de la persona que ha escrito. Algunas cartas poseen membrete (el nombre de la

empresa o institución que recibe o envía la carta), también el domicilio del destinatario o alguna posdata (un mensaje extra que no fue escrito en el cuerpo, y que se coloca después de la firma con la que se cerró la carta).

3.1 Historia de las epístolas

El intercambio de información es primordial para el ser humano y puede generarse mediante el habla, por señas o por escrito. Si bien las dos primeras acciones ocurren de manera presencial, la escritura ayuda a comunicarnos a larga distancia, tal como ocurre en la actualidad, con los correos electrónicos o las redes sociales. Sin embargo, esta manera de comunicarse tuvo sus inicios en la antigüedad, donde poco a poco su formato fue cambiando hasta llegar a la carta como se conoce hoy en día.

Armando Petrucci en su libro *Escribir cartas. Una historia milenaria* realiza un recorrido histórico en torno a las misivas y el primer enfoque que plantea refiere a su estructura física. Petrucci comenta que las primeras “cartas” datan de la época Grecorromana (siglos VI y IV a.C.), y fueron encontradas por casualidad en una excavación (17). En aquellos siglos el formato de las antiguas civilizaciones del cercano Oriente era de: “tablillas de arcilla fresca, sobre las cuales se escribía raspando con un cálamo y después se cocían” (18). Esta forma era para un tipo de mensajes vinculados al ámbito administrativo y contable (18). Otro de los formatos que Petrucci presenta son las láminas de plomo, las que tenían la particularidad de enrollarse para ser enviadas. Estos tipos de documentos eran escritos por personas alfabetas o por encargados de escrituras que podían ser profesionales o no, que fueran capaces de escribir con estos materiales (19). Posteriormente, se recurrió a la utilización de papiro y pergamino, que se escribía con un cálamo vegetal –una especie de punzón que era menos duro, pero puntiagudo– y tinta, herramientas que también se utilizaban para la conformación de los textos librarios y documentales.

Según Petrucci, Egipto fue una de las primeras civilizaciones en la que se encontraron documentaciones del Estado autónomo y burocrático. Esto se debe a la producción de documentos y mensajes escritos que eran enviados, y que permitían establecer una relación de cercanía entre diferentes zonas (21). Esto solo podía darse en una población socialmente alfabetizada ya que la circulación de escritos era normal, tanto en lo público como en lo

privado, y permitía que en la alta burguesía como la pequeña burguesía, representantes de la propiedad agraria y algunas mujeres fueran partícipes de esta comunicación escrita (21). Gracias al papiro la modalidad de envío era una: se doblaba entre sí misma varias veces dejando la dirección a la vista, se ataba con una cuerda y luego se le colocaba un sello (23). De esta manera, la escritura y el intercambio de cartas permitió resolver problemas cotidianos y reforzar vínculos de amistad (25).

Es importante recalcar que existían dos tipos de cartas: las públicas que tenían que ver con el comercio, los negocios y la administración pública; y las privadas, eran las sentimentales o dirigidas a familiares. Petrucci nos cuenta que la primera misiva de carácter privado fue una enviada por un militar a su padre y hermanas; en ella tocaba temas familiares (31). Sin embargo, en el periodo bizantino, la correspondencia privada comenzó a reducirse por varios factores: el cambio de escritura y la marginalidad de los analfabetos y mujeres en este tipo de práctica, lo que limitó la comunicación a distancia (35). Entre los siglos IX y X, la comunicación escrita se volvió una especie de dominio intelectual a causa de los eclesiásticos (47). Posteriormente, en los siglos XII y XIII, maestros y escuelas de gramática produjeron tratados con reglas y ejemplos de cómo escribir cartas para que los escribientes pudieran apearse a estos y se recuperara la circulación de la epistolaridad en la sociedad (58).

Petrucci también menciona que con el pasar de los siglos y las diferentes civilizaciones, el material para escribir epístolas tuvo sus cambios, al igual que la lengua en la que se escribía. El papel tipo árabe era el que se utilizaba en el Imperio bizantino y también en Inglaterra, donde además se utilizaba la escritura hebrea, pero en distintas lenguas (59). En otras regiones de Europa, como Rusia y Noruega, también se hallaron una gran cantidad de epístolas. En la Rusia de los siglos XI y XIII se encontraron cartas de una ciudad comercial y en otros lugares cartas privadas escritas en tablillas delgadas de corteza de abedul (60), las que se encuentran escritas en ruso antiguo en el tipo de escritura cirílica mayúscula (61). Después de muchos siglos se redescubrió que las cartas en su nuevo formato y sus diferentes maneras de escribir, era un medio e instrumento de socialización (61).

Con esto último, Petrucci comenta que a raíz de estos nuevos elementos para escribir cartas –el papel y las lenguas vulgares– Europa retomó la práctica de escribir de una manera más libre. Gracias a esto, entre la mitad del siglo XII y la mitad del siglo XIII, se difundió en Occidente la categoría sociocultural de la libertad de escribir (64). Además, el autor menciona que “el escribirse recíprocamente constituye, pues, una necesidad, un placer que sustenta, encamina y documenta las actividades mercantiles y financieras de la categoría profesional, y mantiene activos incluso a grandes distancias, los fundamentales lazos familiares y de amistad del mundo burgués tardomedieval” (69). Esto quiere decir que escribir a alguien y esperar una respuesta es parte de la vida cotidiana en la que el dejar registro de las cosas financieras y también personales, era algo importante.

Escribir cartas era muy significativo para las personas que las utilizaban como medio de comunicación en los siglos anteriormente nombrados. Con relación a esto, Petrucci menciona que: “En los orígenes de cada una de estas prácticas epistolares no puede sino haber existido una voluntad explícita de perduración en el tiempo del correspondiente tesoro documental (la propia memoria escrita) por obra de los destinatarios originales de las cartas, y por lo tanto de sus herederos [...]” (71). Lo que quiere decir que las cartas conservan la memoria de los remitentes, puesto que al momento de escribirlas dejan una parte de sí mismos; sus conocimientos, sus actividades diarias y sentimientos. Además, estos documentos se vuelven herencias de sus futuras generaciones, pues ayudan a recordar a la persona que las escribió.

En los siglos XIV y XV, resurgió un nuevo grupo que años anteriores fue marginado: las mujeres. Estas fueron consideradas protagonistas del intercambio epistolar (73). Las cartas que escribían no eran sobre comercio ni cultura, ya que eran excluidas de este tipo de epístolas, por lo que se podría considerar que sus escritos eran más bien de carácter privado: escribían a otras mujeres de confianza, como sus madres, hermanas o amigas y también a sus esposos. La lengua en la que escriben estas mujeres es considerada vulgar, tanto en Italia como en otros lugares de Europa (74). Además, había mujeres que escribían las cartas con su puño y letra, ya que tenían un buen nivel de cultura y las cartas se apegan a la norma tradicional de las epístolas. Sin embargo, en la mayoría de las veces dependían de delegados

de escritura, a pesar de ser de un estatus social acomodado, puesto que la educación era bastante limitada (76).

Durante el siglo XVI, en Europa hubo una gran alza de escrituras epistolares, tanto en el ámbito privado como en el público. Este fenómeno, que ocurrió a la par con un aumento en la escritura de libros, se asocia a una especie de revolución, que favoreció la alfabetización de la población. La escritura epistolar también ayudó a mantener contacto con personas que debían alejarse de familiares por las guerras o a causa de crisis económicas que los obligaba a buscar un nuevo trabajo. Además, las mujeres comenzaron a tener una mayor participación en la comunicación escrita y también surgen manuales de escrituras gracias a la llegada de la imprenta (101).

Junto con esto, las características formales de la carta también cambiaron: el papel se define como material fijo para las escrituras de las cartas y comienzan a usarse sellos de cera impresos. El tipo de letra con el que se escribe también cambió, ya que utilizaban dos tipologías gráficas cursivas distintas: la cancilleresca itálica de Italia y la bastarda cursiva de derivación gótica (102). Igualmente, aparece el uso de las dos lenguas: el latín y el respectivo vulgar, ambas eran utilizadas por las personas ilustradas. (103).

Siguiendo con el panorama que plantea Petrucci, en el siglo XIX surgieron nuevos elementos para la escritura de las cartas: se inventa el sobre como una especie de contenedor para cuidar las epístolas, surge la estampilla, y se empieza a utilizar el papel de carta, que era más delgado que el usado en siglos anteriores para la comunicación escrita. También se comienzan a utilizar tintas de colores: rojo, turquesa y verde (en el pasado solo se usaban negro o café); y se produjeron algunos cambios internos como el espaciado entre las letras o el saludo y el cuerpo de la carta (146). Este último tipo de formato es el que se utiliza en la cartas de obra 84, *Charing Cross Road* de Helene Hanff, de las cuales se hablará más adelante con más detalle.

Hoy por hoy, la carta escrita a mano ha evolucionado al ámbito digital. El correo electrónico, creado en 1971, sigue un patrón similar a la carta. Este tiene un destinatario, un asunto, un cuerpo y un cierre, que puede ser la firma: nombre y quién es. Lo único que lo diferencia del formato antiguo de las cartas, según Petrucci, es la cortesía al iniciarlas y la

pobre redacción al escribir el cuerpo (209). El saludo inicial anteriormente era cortés, existía una especie de respeto o admiración: se usaba el título de “estimada” o “estimado”, o incluso el “querida/o”. En un correo electrónico, desde la perspectiva de Petrucci, suele usarse un saludo inicial más parco: “saludos cordiales” o “buenas tardes”.

Si bien la sociedad ha cambiado en las maneras de comunicarse a larga distancia, utilizando redes sociales o aplicaciones que permiten realizar llamadas mediante videos, el texto epistolar no ha desaparecido. En la actualidad, el tipo de cartas que permanecen son de carácter privado. Aunque de forma poco frecuente, algunas parejas suelen escribir sus sentimientos en papel, o incluso hay personas que han decidido enviarse cartas y formar, así, una amistad. Todavía es posible generar un ambiente íntimo entre los interlocutores a raíz de expresar lo que sienten o comunicar algo que se encuentra interiorizado en los hablantes. Sin embargo, no es lo único que permite que las cartas no queden en el olvido. La literatura se ha encargado de mantener vivo el texto epistolar y se ha creado un tipo de género literario: el género epistolar. Este posee el formato que surgió en el siglo XIX, y que la gran mayoría conoce gracias a la literatura.

Un caso cercano a este hecho es la misma obra *84, Charing Cross Road*, que como se dijo anteriormente, recoge un intercambio epistolar entre dos aficionados de la literatura. Estas cartas son de carácter privado, porque no se relacionan con temas administrativos y se muestran ante el lector implícito como un espacio íntimo. Esto ocurre pues la comunicación entre algunos de los trabajadores de Marks & Co. y Hanff se hace cada vez más personal y la relación se vuelve cada vez más estrecha, especialmente entre Hanff y Frank Doel, quien le respondía las solicitudes de libros y se encargaba de enviarlos. Si bien las epístolas eran personales y solo los involucrados conocían su contenido, su publicación en formato de libro y su eventual inclusión en la literatura, permitió que el lector real fuera partícipe de la intimidad que se había creado entre los interlocutores.

A diferencia de lo que ocurre en *84, Charing Cross Road*, también existen cartas que son inventadas por un escritor y la historia se revela gracias a las misivas. Es por eso que en el siguiente apartado se hará una diferencia entre las cartas ficticias y las reales.

3.2 Cartas en la literatura.

Desde hace muchos años que las cartas son parte de la literatura. A pesar de su gran utilización en el ámbito literario, aún no hay una explicación exacta sobre cómo las cartas pasaron de ser un género discursivo, a un subgénero de la novela. Estas reciben el nombre de novela epistolar y toda la historia que surge desde las cartas es inventada. Además, ayudan a desarrollar la trama y muchas veces están acompañadas de narración. Sin embargo, existen libros que poseen una recopilación de cartas, es decir, en un inicio estas epístolas se encontraban dispersas para luego ser reunidas en un libro. Por lo general, estas poseen un carácter más histórico. Aunque no dejan de existir cartas reales con un contexto amoroso o amistoso, como el caso de las cartas de Abelardo y Eloísa, quienes en la Edad Media tuvieron una historia de amor prohibida. Para diferenciar las cartas reales de las ficticias, se utilizarán los conceptos “obras epistolares” o “epistolarios” para referirnos a los libros que recopilan cartas como es el caso de *84, Charing Cross Road*.

La característica de este tipo de obras es que no existe un narrador que se diferencia del autor, como sucede con la mayoría de los géneros de la literatura. Lo que pasa en las obras epistolares es que el propio autor es el que narra su historia; esto es conocido como género referencial. Leonidas Morales en su libro *La escritura de al lado: géneros referenciales* lo define de la siguiente manera: “[...] llamo aquí a aquellos donde, al revés de lo que ocurre en los ficcionales como la novela, autor y sujeto de enunciación (o “narrador”) coinciden: son el mismo” (11). Esto se puede apreciar en las cartas, en los diarios íntimos y autobiografías. En este tipo de documentos, los autores son capaces de hablar de lo que han vivido o los sentimientos que tuvieron en algún momento en particular. Lo clave de esto, para efectos de esta investigación, es que este hecho permite que el lector real entre en la intimidad del autor. En el caso de *84, Charing Cross Road*, Helene Hanff es la autora de este epistolario, y también es uno de los personajes que escribió varias de las cartas. Es así que la obra permite que el lector real pueda ser parte de esta relación estrecha, que se encuentra sostenida en las cartas. A continuación se analizará cómo las cartas en esta obra son un elemento íntimo y cómo se presentan ante el lector real.

3.3 Intimidad en las cartas en *84, Charing Cross Road*

Como se ha dicho anteriormente, las cartas son una de las principales protagonistas de esta obra. Esto se debe a que cada página posee el formato de una de estas: la dirección se posiciona en la esquina superior derecha; debajo de esta se encuentra la fecha de cuándo se escribió; luego está la dirección del destinatario; posterior a esto se ubica el cuerpo de la misiva que es donde se encuentra el asunto o motivo. Para el final se halla la despedida y la firma del remitente. Esta es la estructura que, en su gran mayoría, presentan las que son enviadas por Hanff (Véase Figura 1). En el caso de Doel, en vez de la dirección está el membrete en el centro superior de la hoja. Ahí se aprecia el nombre de la librería Marks & Co., y la dirección donde está ubicada (Véase Figura 2). Cabe destacar que estos formatos no siempre son respetados, ya que muchas veces no aparecen los datos del destinatario o las despedidas no son explícitas y solo aparecen apodos o iniciales de la autora.

14 East 95th St.
New York City

5 octubre 1949

Marks & Co.
84, Charing Cross Road
Londres, W.C. 2
Inglaterra

Señores:

Su anuncio publicado en la Saturday Review of Literature dice que están ustedes especializados en libros agotados. La expresión «libreros anticuarios» me asusta un poco. Porque asocio «antiguo» a «caro». Digamos que soy una escritora pobre amante de los libros antiguos y que los que deseo son imposibles de encontrar aquí salvo en ediciones raras y carísimas, o bien en ejemplares de segunda mano en Barnes & Noble que, además de mugrientos, suelen estar llenos de anotaciones escolares.

Les adjunto una lista de mis necesidades más apremiantes. Si disponen ustedes de ejemplares limpios de segunda mano de algunos de los libros de esa lista, y a un precio que no rebase los 5 dólares por unidad, ¿tendrán la amabilidad de considerar la presente como un pedido en firme y enviármelos?

Dándoles de antemano las gracias, les saluda

Helene Hanff
(Srta.) Helene Hanff

FIGURA 1. Hanff, Helen, *84, Charing Cross Road*, (2019).

MARKS & CO., Libreros

*84, Charing Cross Road
Londres, W.C. 2*

9 noviembre 1949

Srta. Helene Hanff
14 East 95th Street
New York 28, New York
U.S.A.

Querida señorita Hanff:

Sus seis dólares llegaron sin novedad, pero nos sentiríamos mucho más tranquilos si en el futuro nos enviara sus pagos por giro postal, puesto que el sistema sería bastante más seguro para usted que el de confiar dinero en billetes al correo.

Nos alegra mucho saber que le gustó tanto el Stevenson. Le hemos enviado ya los dos Nuevos Testamentos, con una factura que indica su importe en libras esterlinas y en dólares. Esperamos que le agraden.

Queda a su disposición,

FPD
p/o MARKS & CO.

FIGURA 2. Hanff, Helen, *84, Charing Cross Road*, (2019).

Cada página del libro imita el formato de una epístola, esto con el propósito de que el lector real, es decir el que está fuera de la obra, tenga la experiencia de estar leyendo el intercambio. Esto permite que también se introduzca en la intimidad de los personajes y sea testigo de lo que poco a poco construyen los interlocutores. A partir de la segunda carta, Hanff revela parte de sus pensamientos cuando recibió los libros que había solicitado. En esta comenta cómo la materialidad del libro de Stevenson le generaba placer cuando lo tenía entre sus manos (11). Estos tipos de detalles no suelen compartirse con todos, al contrario, esto se hace con aquellos que coinciden en gustos o conocen del tema. En este caso, Hanff se lo menciona a FPD, quien, al ser librero, entiende los sentimientos de su compradora. El compartir cosas se muestra en varias cartas, como en la que una de las empleadas le comparte fotografías de su familia o recetas de cocina. Esto es debido al sentido íntimo que, tanto lo presentado, como el carácter epistolar de la obra, entregan al receptor.

Tal como se presentó en el apartado dos, la intimidad es aquello que las personas o personajes cuentan de sí mismos, pero de una manera transparente. Por lo general, lo que las personas suelen contar de sí son los triunfos y los logros que han cumplido. Sin embargo, Pardo explica que esto va mucho más allá. Permitir que el otro conozca la intimidad de uno es mostrar el interior y eso incluye las falencias o debilidades que la persona tiene (45). Se trata de una idea completamente contraria a lo que la sociedad ha instaurado, en el que el rechazar o juzgar son las primeras acciones ante la autenticidad del otro. De manera que muchos creen que es mejor callar quienes son. Es por esta razón que revelar lo que está en el interior permite crear lazos únicos que no se puede dar con todos, y que por lo general se forman con aquellos que son más de confianza y con los que se puede contar. Hanff y Nora Doel en sus cartas eran completamente transparentes, no tenían miedo de decir lo que sentían o de corregir la manera en la que las demás personas las veían. Ambos personajes se analizarán a continuación.

En *84 Charing Cross Road*, existen varios interlocutores con los que Hanff habla. Muchos son trabajadores de la librería Marks & Co., como Cecily Farr, Megan Wells, Bill Humphries, entre otros. También se encuentran personas externas a la librería, como Nora Doel, esposa de Frank y Mary Boulton, una vecina de los Doel. Además, se presentan algunas cartas que la autora intercambió con sus amigas personales Maxine, Katherine y Ginny y Ed,

que era un matrimonio que viajó y conoció la librería y a Frank (91). Con cada uno de estos personajes, se pueden ver dos tipos de diálogos: los amistosos con sus amigos y los de agradecimientos de parte de algunas personas a las que Hanff ayudó enviando alimentos. El tono que se puede vislumbrar gracias a la escritura da cuenta de la relación que tenía Hanff con cada interlocutor ya mencionado. Mientras que con los que había hablado solo una vez era cortés y educada, con los otros era bromista e informal. Por lo tanto, la intimidad se gestiona con aquellos con los que la autora conversaba más y era más abierta a revelar cosas sobre ella.

Por ejemplo en la carta del 10 de abril de 1950, Hanff le contesta a Cecily Farr “Y que poco lo aspen al viejo señor Martin! Dile que soy tan estudiosa que nunca fui a la universidad. Lo único que pasa es que tengo un gusto muy especial por los libros, gracias a un profesor de Cambridge llamado Quiller-Couch (yo lo llamo Q), con uno de cuyos libros fui a dar en una biblioteca cuando tenía yo diecisiete años. (...)” (25). Este comentario deriva de una carta que Farr le había enviado anteriormente donde le comunica a la autora que Martin la había llamado intelectual. Claramente, Hanff se lo toma con humor, aunque le hace saber, tanto a la trabajadora de Marks & Co., como al lector explícito, que no tiene estudios universitarios, sino que solo era aficionada por la literatura. Esto genera que ambos participantes de esta revelación –Farr como lectora implícita y el lector real– se sumerjan aún más en el interior de la autora y conozcan un poco más de ella. Si bien a lo largo de toda la obra se aprecian sus pensamientos, se percibe su humor, se conoce lo que opinaba de los libros y de algunas traducciones, en esta cita se presenta algo más personal. El no tener estudios seguramente puede significar un fracaso para las demás personas. Sin embargo, el interés de Hanff por la literatura, fue una solución a aquella falta. El que ella lo dijera, podría significar que existía una confianza en esta nueva amiga, o que realmente no le preocupaba que pensarán los demás de ella y era abierta a su intimidad.

Aparte de Hanff, el lector real también es capaz de conocer a los otros personajes: cuántos hijos tienen, los sueños que posee cada uno, que Frank Doel se casó dos veces, o el deseo que tienen por conocer a esta escritora pobre. Si bien en estos casos no se hablan de problemas o transparencia de sí mismos –aparte del económico–, sí existe una intimidad compartida entre los interlocutores por hablar de cosas personales como la familia o sus

deseos. Con la autora hay una reciprocidad de este espacio personal, lo que permite fortalecer la amistad creada con los librereros, pues Helene Hanff les enviaba constantemente alimentos no perecibles y ropa. Es así como la comunicación que solo era con Frank, se extiende a los demás. Incluso a la esposa de este, Nora Doel, quien le escribió por primera vez el 20 de enero de 1952, donde le agradece por los alimentos enviados y que le enviaría una foto de su familia. Aquí comenta que Sheila, la hija mayor que cumplió doce años, es del primer matrimonio de Doel. Así se aprecian cinco cartas enviadas por Nora, antes de la muerte de su esposo.

En la sexta carta de la esposa de Frank, conocemos un poco más en profundidad a Nora. Para ella la amistad de su esposo y Hanff era especial. Aun cuando la carta no está explícita, se puede inferir que la autora le escribió las condolencias a la familia de su amigo. En respuesta, la señora Doel escribe:

Gracias por tu amabilísima carta. No hay nada en ella por lo que pueda sentirme ofendida. Sólo desearía que hubieras conocido personalmente a Frank [...]

[...] No me importa reconocer que a veces me he sentido muy celosa de ti, porque Frank disfrutaba leyendo tus cartas y todas ellas, o muchas, revelaban un sentido del humor muy parecido al suyo.

También he envidiado tu facilidad para escribir. Frank y yo teníamos temperamentos opuestos: él era amable y tranquilo; yo, por mi ascendencia irlandesa, luchando siempre por mis derechos. Le echo mucho de menos... [...] (Hanff 116)

Como se dijo más arriba, con esta cita se conoce con más profundidad a la remitente de esta carta, ya que le abre su corazón a la amiga de su esposo y le confiesa su deseo de que ambos amigos se conocieran. Pero también confiesa los celos que le tenía, y cómo no, si en las misivas se aprecia la relación tan íntima que tenían los dos. No hay que verlo como algo romántico, sino que ante el concepto que se está analizando, Hanff y Doel eran confidentes. Compartían gustos y ambos le permitieron al otro conocer lo más profundo de sí mismos.

Esto fue gracias al cariño que desarrollaron, a la búsqueda y envío de los libros, a la ayuda en los momentos más difíciles y al intercambio de cartas por veinte años. No se puede decir que Frank no amaba a su esposa, ni a su familia, porque en las cartas que le enviaba a Hanff se puede ver lo contrario. Bajo la perspectiva de Nora, estos dos amigos eran muy parecidos. Esto lo puede inferir a través de las cartas que la autora le enviaba a su esposo, donde podía apreciar el tipo de humor de Hanff, similar al de Frank Doel. De manera que Nora se muestra totalmente transparente frente a Hanff con respecto a cómo se veía a sí misma, pues se sentía muy diferente a su esposo. Estas confesiones son una gran puerta abierta al interior de Nora, pues se permitió soltar todo lo que sentía, con sinceridad.

En el libro, la intimidad que exponen las cartas puede verse porque el remitente, en este caso Hanff, se dirige a personas en específico. De manera que solo los destinatarios saben lo que está escrito y sobre lo que se informa. Pero ante el formato que fue publicado, existe otro receptor que se introduce a esta intimidad y es el lector real gracias a las páginas que simulan ser las cartas reales. Y no solo eso, las misivas también tienen una intimidad por sí solas. Patrizia Violi expone que: “La carta no es sólo una forma textual que permite intercambiar información; además de su contenido, además de lo que ‘efectivamente’ dice, la carta siempre dice, contemporáneamente, algo más: habla por sí misma, revela el acto de haber sido escrita, testimonia su propio ser en cuanto carta” (91). En otras palabras, las cartas, al momento de ser abiertas o sacadas del sobre, muestran su contenido y su formato de si está escrita a mano o por máquina.

4. EL LIBRO COMO OBJETO A LO LARGO DE LA HISTORIA

A raíz de sus diferentes materiales de composición, el libro ha adquirido varias formas, de acuerdo con las necesidades de cada lector y de cada información que el libro posee. Por ejemplo, con la arcilla se creaban tablillas y con el papiro se confeccionaban rollos. Posterior a esto, se llega al códice, que es muy similar a los libros que hoy en día se conocen. Alberto Manguel (1948), un escritor, traductor y editor argentino menciona en su libro *Una historia de la lectura* (1996) que se aceptó el códice como el formato común del libro porque era necesario un libro cuya forma fuera fácil de transportar y también sencilla para poder consultarlo cuando se quisiera (140), algo que con los rollos y las tablillas era difícil de hacer. También agrega que los márgenes del códice ayudaban a que el lector pudiera intervenir el texto incluyendo glosas y comentarios (140). Además, este formato permite que al pasar las páginas –una acción que se da al instante– pueda recibir la información en su totalidad (141).

Amaranth Borsuk en su libro *The Book* (2018), comenta que la idea del traspaso de los rollos a los libros encuadernados viene de China, que en el siglo VIII confeccionaron los libros acordeón. Estos eran fabricados con pergaminos, que se doblaban hacia adelante y hacia atrás, manteniendo un mismo tamaño de ancho (36). Este formato facilitaba la lectura, ya que, el acceso a lo escrito era más fácil, además, permitía la difusión del budismo (36). Otra de las suposiciones que existe de este cambio de forma, es que, a partir de la utilización de hojas de palmeras secas, aplanadas, pulidas y cortadas en tiras rectangulares, se escribían los textos budistas. Este tipo de discursos se transcribían con un estilete con tinta u hollín dejando las impresiones en estas hojas (38). La encuadernación de este texto se realizaba perforando las hojas y pasando una cuerda por los orificios con el fin de mantenerlas unidas. Finalmente, estas hojas ordenadas eran encerradas en tablas (38).

Además, Borsuk también señala que existe un libro impreso en madera –creado en China– que estaba elaborado con bloques de este material que eran tallados, se entintaban y se les colocaba una hoja para transferir la tinta al pergamino. Este estilo de impresión se llama xilografía y puede ejercerse por una persona (38). Esta técnica se realizaba por un lado de la hoja, lo que permitió la encuadernación tipo mariposa –se pegaban las hojas en blanco–. Aunque este método tenía sus consecuencias: tenía páginas en blanco que claramente no se

podían aprovechar y el formato generaba distracción en los lectores, que se dedicaban a hojear el libro, más que a leer (39). Para que la lectura no fuera interrumpida, desde los siglos XIII al XVII se creó la encuadernación de lomo envuelto. Esta consistía en que las hojas se doblaran hacia afuera para que el texto apareciera en ambas caras, luego se juntaban y se hacían agujeros en los bordes con el libro abierto. Entre los agujeros se pasaba un hilo, lo que les permitía mantener unidas las hojas. Estas se pegaban el lomo y se envolvían con una cubierta de papel, para así ocultar los lados blancos de las hojas, de manera que se producía la primera encuadernación perfecta (39). Sin embargo, acabaron descartándola cuando notaron que el pegamento atraía a los insectos. Así que recurrieron a la técnica de encuadernación cosida. Era la misma forma de elaboración que el anterior, pero en vez de pegarla, le pasaban un hilo por los orificios del lomo. Esto era mucho más fácil de reparar que el formato con pegamento (40).

Hay algo que Manguel menciona con respecto a la fabricación de estos libros y es el largo trabajo que requería la elaboración de uno solo (145). Ya en el siglo XV, surgió una invención que permitía reducir las horas de trabajo, además un aumento de producción y de un precio accesible: la imprenta, idea que nació de Johann Gutenberg en 1440 (145). Este sistema permitió que los libros se imprimieran y difundieran con mayor rapidez, obteniendo un mayor alcance entre los lectores. El estilo de estas impresiones trataba de simular el de los copistas y los incunables –primeros libros impresos– (Manguel 148). Poco a poco la imprenta fue expandiéndose en distintos países y los libros comenzaron a imprimirse en grandes cantidades y en diferentes ediciones, permitiéndole al lector escoger según su preferencia y su comodidad. De modo que el comprador podía encontrarse con libros que pueden meterse en los bolsillos, libros que se pueden leer en cualquier lugar, etc. (Manguel 153). Otro hecho fue que las encuadernaciones también se volvieron parte importante para algunos lectores o coleccionistas: existían libros de encuadernaciones rústicas, otras encuadernaciones eran elaboradas con cuero o de tela, muchos otros poseían sobrecubierta (Manguel 153-154). Lo que le da importancia y valoración a la materialidad del libro, no solo a su contenido.

Aparte de la comodidad, que tanto el códice como los libros impresos le permiten a los lectores, existen otros propósitos por el cual se crearon estos nuevos formatos: conservar

y almacenar los escritos. También el de recordar tiempos pasados, el de contener parte de la historia de las distintas localidades o un mundo creado por otros. Así lo expresa Manguel en *Una historia de la lectura* (1996) cuando menciona: “En el momento que abro el libro, mis anotaciones en el margen me recuerdan la espaciosa aula del Colegio Nacional de Buenos Aires, con sus paredes pintadas del color de la arena cartaginesa [...]” (69). De manera que el códice y el libro impreso le dan un mayor sentido a esta idea de contener algo, puesto que, al momento de abrirlo, es como si se estuviera abriendo una caja para desplegar muchos recuerdos, comentarios e ideas guardadas al momento de hacer una lectura.

Como se mencionó anteriormente, *84, Charing Cross Road* es el formato libro de todo este conjunto de cartas, el que permite que la lectura sea más cómoda. Esto es posible por la continuidad que le otorga al pasar las páginas al momento de leer. Además, que puede ser trasladado a cualquier lugar al que el lector quiera ir, pues el formato es pequeño y no pasa de las 130 páginas. Sin embargo, cada una de estas páginas son el recuerdo de aquellas cartas y el recuerdo de cada uno de los interlocutores que ya no están. Al momento de abrir el libro se revelan cada uno de estos momentos vividos por los personajes.

4.1 Intimidad en el libro como objeto en *84, Charing Cross Road*

Cuando se habla de libros, lo que comúnmente más le interesa al lector es el contenido. Esto era algo que también le interesaba a Hanff como lectora, pues compraba libros que ya había leído y sabía lo que contenían. Esto se infiere en una de las cartas, cuando recibe uno de los libros solicitados y no aparece una de las escenas que ella ya conocía (50). Así sucede con varios más, que Frank Doel no dudaba en volver a buscarle. Como a muchos les importa el interior, a otros también es importante el exterior, es decir, la manera en la que está hecho el objeto. En varias ocasiones Hanff exalta la materialidad de los libros que obtenía, como en una de las citas que se comentó en el apartado anterior, cuando recibe el libro de Stevenson (Hanff 11). Doel no duda en comunicarle cómo es uno de los libros que tiene en su poder: “El caso es que tenemos ahora en existencia un ejemplar de la *Antología de la poesía inglesa* de Oxford, impreso en papel biblia, con su encuadernación original en tela azul, [...]” (27). Esto porque seguramente Frank entendió que para su amiga la relación con el libro va más allá del contenido y es importante resaltar el material y su composición.

Este enaltecimiento se repite en varias cartas que envía la autora, cuando le llegan los libros que solicitaba. También, es importante la comodidad que estos generan al lector. De hecho, Hanff le comenta a Doel sobre esto: “Alguien me regaló este libro por Navidad. [...] Su encuadernación es menos atractiva que la de las Actas de la Asamblea del Estado de Nueva York, y pesa más aún” (98). Luego, le pide un libro de uno de los autores que contiene el libro que ella tiene. Con esto, la autora evidencia la importancia de la composición y materialidad del libro. La razón es que estas dos cosas le permiten al lector real relacionarse de una mejor manera con el objeto, donde el sentido del tacto, la vista, e incluso para muchos el olfato entran en juego con el sistema del receptor y con su cuerpo.

Pero ¿por qué se genera una intimidad entre el lector y el libro? Anteriormente, se mencionó que el libro puede resguardar las memorias o la imaginación de un autor, hechos históricos de algún país, investigaciones, etc. De manera que el lector, al momento de acceder a los contenidos almacenados lo hace mediante la lectura, en el que puede entrar, habitar y conocer los distintos temas que el libro le entrega. El lector se desconecta del mundo exterior y se crea un ambiente en el que solo existe él y las palabras que las hojas le entregan.

En 84, *Charing Cross Road*, la carta enviada el 11 de abril de 1969, es un ejemplo de lo anterior. Hanff le escribe a su amiga Katherine que va a Londres para desearle un viaje y también para comentarle de la muerte de Doel:

Interrumpo la tarea de limpiar mis estanterías y me siento en la alfombra, rodeada de libros por todas partes, para escribirte unas letras y desearos un buen viaje. [...]

Recuerdo que años atrás un muchacho al que conocía me dijo que las personas que viajaban a Inglaterra encontraban exactamente lo que buscaban. Yo le dije que buscaría la Inglaterra de la literatura inglesa, y él asintió y me dijo: «Está allí».

Tal vez sea cierto, o tal vez no. Porque ahora, al mirar alrededor, en mi alfombra, siento una certeza: está aquí [...] (117)

Esta cita se puede interpretar de dos formas: en primer lugar, se entiende que la amistad entre Hanff y Frank Doel se desplegó gracias a la obtención de los libros que, aunque sean comprados, tienen una significancia para ella porque son una muestra de que estos libros contienen el cariño, el tiempo que invertía Doel y la dedicación con la que trataba de conseguir los libros para su amiga. Es como si todo aquello estuviera reflejado en los objetos. En segundo lugar, la cita expresa que estos son ese espacio íntimo que le permitían a la autora habitar y viajar a aquella Inglaterra que tanto había anhelado conocer, pero que, por problemas de dinero y salud, lo había postergado. De manera que los libros contienen y comparten la intimidad de los autores o personajes ficticios que se encuentran sostenidos entre las páginas, con los lectores que deciden acceder a ellos mediante la lectura. Con respecto a la idea de que el libro es un lugar que se puede habitar, Borsuk expresa que:

“Los códices se pueden tener y guardar en una biblioteca personal como símbolo de intelecto. Se pueden forrar para proteger (o esconder). Pueden pasar de una persona a otra como objeto de amor o símbolo de amistad: “Toma, esto me encantó y creo que a ti también te va a encantar”. Ya sea que se trate de una guía de viajes o de una novela romántica, la percepción de que los libros son pequeños mundos encapsulados entre dos tapas es la misma. Sentimos que desaparecemos dentro de ellos y emergemos horas después, cambiados por lo que hemos leído" (99)

En otras palabras, el libro es habitable porque el lector lo hace parte de sí mediante marcas, otorgándole un espacio físico, permitiéndole ser un compañero de viajes y ser un lugar seguro para el sujeto. De manera que al momento de abrirlo, el individuo se pierde por un tiempo determinado entre las páginas. Además de esto, el formato y su materialidad permite que el libro tenga otras funciones, como ser un artefacto para guardar cosas importantes para el lector, ya sean fotografías o algún recuerdo. Así el vínculo entre el sujeto y el objeto aumenta.

Como se pudo observar, Hanff habla de libros contenedores, dentro de un obra que resguarda las propias palabras y vivencias de la autora, 84, *Charing Cross Road*. Ella como lectora, constantemente se encuentra en intimidad con autores mediante las obras. Sin embargo, como se vio en el apartado dos, también revela su interior como escritora a través de cartas que están contenidas dentro del epistolario. De manera que este libro comparte

información sobre Helene Hanff, Frank Doel, Cecile Farr, Nora Doel, entre otros. También de la relación que formó cada uno y que hace partícipe a un lector que está fuera de la obra, volviéndolo un confidente. Así, se puede concluir que este contenedor tangible para nosotros guarda hechos históricos como la crisis de postguerra de Inglaterra; pensamientos y comentarios de cada remitente; y cartas que seguramente ya se encuentran gastadas por los años. También ha inmortalizado a estos interlocutores que ya no se encuentran presentes en la actualidad, que son recordados cada vez que alguien lee este epistolario.

5. LA LECTURA

Seguramente muchos se preguntarán cómo surgió la lectura, o cuál fue el motivo para que esta surgiera. Pues la lectura comparte historia con la escritura. Distintas teorías plantean que esta última se creó a partir de la necesidad de numerosas civilizaciones por contabilizar y organizar sus propiedades y, además, para graficar sonidos de la lengua hablada. Es decir, sin la escritura la lectura no existiría, y viceversa. De hecho, en el apartado “Aprender a leer” de Manguel, se menciona que:

En todas las sociedades que practican la escritura, aprender a leer tiene algo de iniciación, de rito de paso que deja atrás un estado de dependencia y de comunicación rudimentaria. El niño o niña que aprende a leer gana acceso a la memoria comunitaria por medio de los libros, y de ese modo se familiariza con un pasado común que se renueva, en mayor o menor grado, con cada lectura. (85)

En otras palabras, la lectura es una especie de puerta para el mundo, que le permite al sujeto receptor tener la capacidad de analizar y lograr acceder a una información que estaba oculta para sus ojos. Cuando se aprende a leer, la persona tiene una independencia respecto del conocimiento, pues ahora no son sus padres quienes le enseñan, sino que es capaz de buscarlo por sí mismo.

La historia de la lectura data desde la Antigua Grecia, así lo expresan Guglielmo Cavallo y Roger Chartier en *Historia de la lectura* (2001). Según los autores, en este periodo predomina la lectura en voz alta. La oralidad tenía mucho más sentido que lo escrito, porque

los interlocutores podían estudiar, responder preguntas, etc. En el caso del libro, no es capaz de responder, porque no “sabe” más información de la que posee en su interior (22). El leer en voz alta ayudaba a que al lector le hiciera más sentido la lectura continua o *scriptio continua*. (23). Aunque esto no significa que la lectura silenciosa no estuviera presente en aquella época, ya que a finales del siglo V a. C., sí se practicaba (23). Los textos más leídos eran de retórica, filosofía, entre otros, que ayudaban en el estudio de los hombres griegos. En el caso de los romanos, esta práctica solo era realizada por los de la alta sociedad y de una manera privada. Pero en el mundo grecorromano, hubo una alza de la circulación de escritos, lo que amplió la necesidad de leer. De manera que surgieron las bibliotecas públicas y privadas para que la praxis social practicara la lectura (33). Cavallo y Chartier agregan que en los siglos entre el final de XI y XIV marcaron un hecho importante en la historia del concepto que se está trabajando en este apartado. Hubo un renacer de las ciudades y con ellas las escuelas que tenían como objetivo difundir la cultura básica sobre las diferentes maneras y usos del libro, lo que llevó a que la escritura y lectura se enseñaran en conjunto (39). El enfoque de la lectura no era solo entender la letra escrita, sino también que se enseñara el significado de lo leído para que los alumnos alcanzaran el sentido del texto (39).

Cavallo y Chartier explican que en el mundo occidental, entre los siglos XVI y XIX la lectura tuvo una especie de revolución que hizo de la lectura silenciosa una norma y práctica común de lo que se beneficiaron las editoriales (43). Pero para este acto no todo fue beneficioso, pues en la edad moderna hubo varias “revoluciones” en torno a la lectura. La primera fue en los siglos XII y XIII, con la lectura en silencio que permitía que fuera más rápida y hábil (48). Los autores mencionan que lo único novedoso de esta revolución, era la rapidez y la habilidad de hacerlo, pues la lectura en silencio venía de siglos pasados. (48). Lo mismo sucedió con la segunda revolución en la segunda mitad del siglo XVIII, existían dos maneras de leer: intensa y extensamente. En la primera, el lector tenía una cantidad limitada de libros que eran releídos y memorizados, algo que sucedía con la Biblia a partir de la Reforma (48). En el caso de los segundos, permitió que la lectura fuera más por gusto que por obligación. (49). Una tercera revolución podría considerarse con la trasmisión de los libros electrónicos, pues la experiencia es diferente de leer en digital, que leer en papel (51). Aun así, la lectura privada o silenciosa, sigue siendo de gran predominancia, pues se cree que da un sentido más personal e íntimo cuando el lector está en solitario leyendo para sí mismo.

Sin embargo, la lectura pública también permite crear un espacio de intimidad, ya que el oyente logra una cercanía con el libro gracias a que la persona que está leyendo le presta su voz y así el receptor logra conocer lo que está escrito.

En *84, Charing Cross Road*, la lectura es importante pues no solo permite entrar al libro, como se mencionó anteriormente, sino que también concede la participación activa del lector. Pero para enfocarse un poco en los tipos de lectura es importante saber que Helene Hanff es una gran lectora que recurre a buscar libros en las bibliotecas para continuar con el estudio para sus trabajos y también para adquirir un mayor conocimiento. Se puede inferir que las lecturas eran en la comodidad de su casa, pues el ambiente es más tranquilo y no hay restricciones en el caso de que ella quisiera leer en voz alta o compartir lo que lee mediante la escritura al margen de los libros. En una ocasión ella le comenta a Doel que tiene que leer algunos pasajes de John Donne en voz alta porque se asemeja a una fuga de Bach (Hanff 99). Esto quiere decir que es tan impresionante como lo es considerada la pieza musical, que no es algo que deba callarse, sino que es importante compartirlo, aun cuando no haya personas presentes a su alrededor.

De manera que la práctica de leer lleva al lector a experimentar una intimidad al entrar a este espacio y conocer secretos, mundos inventados o realidades que no conocía. En donde el sujeto es capaz de activar su mente al aprender nuevas cosas, o al imaginar estos mundos que el autor dispone a partir de su propia imaginación. Por lo que es importante recalcar que, a través de esta actividad, Hanff adquirió el conocimiento y aprendió cosas sobre las que desconocía por no tener estudios universitarios. En el siguiente apartado se hablará con mayor detalle sobre la intimidad al momento de leer.

5.1 La intimidad en la lectura en *84, Charing Cross Road*.

Como se vio, tanto en el apartado tres, como antes, la lectura es la que le permite al lector conocer lo que el libro guarda en su interior. Es la puerta de entrada a un espacio que genera placer, cuando se accede al conocimiento entregado, o a la imaginación revelada de un autor mediante una historia de ficción. Esta puede ser de manera pasiva o activa. En la primera, es el lector quien solo recibe lo que necesita, y es por un periodo corto. En la segunda, la participación del lector es mayor, ya que hay una intimidad recíproca, en la que ambas partes

entregan algo. La intimidad se gestiona sin importar si el contenido es una biografía, los pensamientos de un autor, una historia de ciencia ficción o de fantasía con seres mitológicos. Lo que importa es la transparencia y autenticidad sobre el personaje que se está leyendo, es decir, si es el caso de una historia de fantasía, que los sujetos ficticios puedan ser transparentes al momento de mostrar sus debilidades y vivencias. El lector es consciente de que estos seres no existen, sin embargo, lo toma como real a partir del pacto de verosimilitud, o sea, que se tome como real lo que no es –esto durante la lectura–. Con relación a esto, José Luis Pardo menciona que: “[...] la sensación que el lector tiene de estar asistiendo a una intimidad sin violarla no se aminoraría por el hecho de descubrir que se trataba de personas de carne y hueso. [...]” (28). Esto quiere decir que la intimidad se da sin importar si los personajes son reales o no, ya que, muchas veces el lector cree que invade un terreno personal cuando los personajes están hablando temas tan delicados de su vida. Para Pardo, esta culpabilidad no se borra si estos son reales o ficticios. Al contrario, existiría una igualdad de sensaciones, porque sea quien sea, está contando sobre sí mismo de una manera auténtica, y está dándose a conocer con el otro.

Además, este vínculo tiene que ver con la manera en la que se lee. Pardo comenta que la intimidad está presente, tanto en la lectura solitaria y silenciosa, como en la que se realiza en voz alta y es compartida con otro (28). Alberto Manguel en *Elogios de la lectura* (2006) comenta una idea muy semejante a la que presenta Pardo:

Para ciertos lectores, el placer de la lectura es uno de intimidad. Ese espacio amoroso que un lector crea con su libro no admite otra presencia. El niño que lee bajo la manta a la luz de una linterna cuando se le ha ordenado dormir, el adolescente acurrucado en el sillón para quien el único tiempo que transcurre es el del cuento que está leyendo, el adulto aislado de sus congéneres en un atiborrado vagón de tren o en un bullicioso café, encuentra su placer en un mundo creado sólo para él. [...] Pero hay lectores para quienes la experiencia compartida prolonga y profundiza el placer de la intimidad. Acabo de leer un párrafo que me encanta y, antes de cerrar el libro o pasar a otra página, quiero leérselo a otros, regalar a un amigo el nuevo placer descubierto, formar un

pequeño ruedo de admiradores de ese texto. Dar un libro a otro lector es decirle: "Éste fue mi espejo; ojalá sea el tuyo". [...] (s/p)

En otras palabras, la intimidad se forma gracias a la satisfacción que existe en el lector cuando se relaciona con el libro, tanto físicamente como a nivel de conocimiento o de imaginación. Es decir, cuando hay un interés en lo que se lee o esto genera un placer en el individuo, la atención y la participación de este es mayor a cuando la lectura se hace por obligación. Por esto, el libro se vuelve un espacio personal para el lector, donde, al leerse solitariamente, solo hay un espacio creado entre el sujeto y el objeto. Todo lo que está fuera de este mundo creado, deja de existir, hasta cuando el lector decide detener la lectura. Asimismo, este vínculo está presente cuando se lee en voz alta. Pues, la sensación de bienestar que provoca en el receptor, crea esta necesidad de compartir con otro, la información adquirida. En ambos casos, la lectura activa es la que está presente, pues es la que evidencia esta relación del lector con el libro.

De hecho, *84, Charing Cross Road*, muestra este placer al momento de leer. Helene Hanff era un claro ejemplo de esto, pues sus solicitudes a Marks & Co., explican que era una gran lectora. La relación que tenía con cada libro que había leído, la llevó a buscarlos otra vez. Además, se notaba que no se mantenía en silencio, ya que solía contarle a Doel sus experiencias con las obras que obtenía. Por lo general, Hanff criticaba y se quejaba de cómo estaban traducidos los libros, o la forma en que estos se publicaban. Es por eso que el vínculo formado le permite a la autora, volver una y otra vez a encontrarse con esas palabras que tanto la marcaron e hicieron feliz. De manera que releer, hace que la relación entre ella y la obra sea más fuerte. Esto es debido a que, Hanff regresa a la intimidad que está sostenida en las páginas, permitiéndole notar detalles que en una primera lectura, pudo haber pasado por alto, o recordar el placer que le generaba dichas citas. Es por ello que en la carta del 18 de septiembre de 1952, la autora crítica a sus amigos:

Mis amigos son muy peculiares en cuestión de libros. Leen todos los *best sellers* que caen en sus manos, devorándolos lo más rápidamente posible..., y saltándose montones de párrafos según creo. Pero luego JAMÁS releen nada, con lo que al cabo de un año no recuerdan ni una palabra de lo que leyeron.

[...] Según entienden ellos la cosa, compras un libro, lo lees, lo colocas en la estantería y jamás vuelves a abrirlo en toda tu vida [...] (75).

La opinión negativa de Hanff respecto de sus amigos, se debe a la manera en la que estos leen. Pues, práctica es de forma pasiva, ya que, es poco atenta y no existe una mayor interacción con el libro. Al contrario, después de saciar la curiosidad sobre las nuevas tendencias, el objeto queda olvidado y no vuelve a tener la atención de los lectores. Por lo tanto, la intimidad entre estos receptores pasivos, dura un momento y después queda desatendida. A diferencia de sus amigos, Hanff era una lectora activa. Pues, como se mencionó anteriormente, la autora buscaba libros con los que tenía un vínculo y recurría a estos cada vez que lo necesitaba. Por lo que, la intimidad estaba presente de manera constante.

Además, se comentó que Hanff no era una lectora silenciosa, pues su intimidad está en compartir con el otro, no solo al comentar lo que había leído, sino también al ceder sus libros. Mientras sus amigos son de los que guardan estos contenedores en una estantería, aun cuando no volverían a leerlos, ella hacía todo lo contrario: se deshacía de estos botándolos o regalándolos (Hanff 75-76). Para la autora, no sirve de nada tener aquella información estancada, es mejor compartirla y que otros también gocen y disfruten de esta. Aunque, en esta entrega del libro a otros, no solo se comparte los escritos de un autor, sino también las propias palabras de Hanff. Es decir, esta intimidad reciproca entre ella y el objeto contenedor, que se efectúa a partir de la lectura activa que realiza la escritora. Esto se hace visible mediante las huellas de manipulación librescas y las marginalias. Temas que se desarrollaran en el siguiente apartado.

6. MARGINALIA Y HUELLAS LIBRESCAS

En la introducción del libro *Marginalia: Readers Writing In Books* (2001), H. J. Jackson explica que la palabra marginalia deriva del latín neutro *marginale* y del adjetivo *marginalis* el cual significa “al margen” (13). La práctica de hacer anotaciones data desde hace dos mil años atrás, gracias a que los lectores debían interpretar los textos que leían (44). Así surgieron

las glosas, los escolios y las rúbricas. Las primeras son aquellas que traducen o explican palabras extranjeras. Los segundos son muy similares a las marginales, pues son notas que introducen información que no es parte de la obra. Y las terceras son las prácticas de los escribas de marcar o escribir con rojo. Ya en el siglo XVIII hubo un apogeo de las marginalias, pues se volvieron más personales y públicas, y su uso se extendió hacia otros tipos de libros, ya que anteriormente solo eran usadas en libros académicos (45). Esto se debía a que los estudiantes solían inscribir sus interpretaciones del texto en el margen (46). Pero con la imprenta tomando fuerza en aquel siglo, los lectores dejaron de apearse a los comentarios doctos y sus puntos de vista eran más personales. (55)

Jackson menciona que antes de la imprenta y al inicio de esta, las marginalias tenían un carácter más social, en el que los otros lectores pudieran aprender de estas. En cambio, en el siglo XVIII los escritores hicieron comentarios más críticos en los márgenes de los libros, con un carácter más personal, pero no privado, pues ya no se escribían de manera anónima (61). Para el fin de la época, los lectores valoraban las marginalias personales y críticas, pues su finalidad siempre había sido ser del ámbito social (71). Algo que se diferencia del siglo presente, pues este objeto de estudio se considera más un ámbito íntimo, que muchos temen compartir porque son escritos personales. Ante esta idea de ser social, muchos de los escritores escribían al margen de libros para otros, como es el caso de Samuel Clemens, quien escribe bajo el seudónimo de Mark Twan, comenzó escribiendo marginalias para entretener a su prometida (72). Sin embargo, a finales del siglo XVIII y principio del siglo XIX, hubo una censura al lector y a su interacción con el libro, pues muchos querían imitar a lectores acomodados haciéndose de libros y coleccionándolos (Jackson 73). Esta censura fue posible por las protestas contra la venta de libros y el alza de bibliotecas, lugar en la que los libros no podían ser marcados. El autor comenta que aun cuando esta práctica fue prohibida, muchos lo llevaron al ámbito privado volviéndola un acto de clandestinidad.

En la actualidad se mantiene la discusión sobre la aceptación o rechazo de esta práctica. María Victoria Martínez y Natalia Ortiz en *Vea lo que hay en este libro* (2018) mencionan que hay una ambigüedad para la marginalia, pues muchas veces no se puede entender lo que dice, como otras veces pueden ser atractivas (48). Pero si hay algo claro, y es que aun cuando no se logre entender lo que está escrito, su solo existencia en lo blanco de

la página: “abre un camino insospechado de nuevas informaciones históricas” (48). Es decir, que la marginalia o cualquier tipo de huella libresca es un motivo para estudio. Además, las autoras presentan distintos tipos de inscripciones hechas por el lector: firmas y marcas de pertenencia, que muestran como el lector hace parte de sí al objeto (22), las marginalias, (26), notas y frases sueltas, son aquellas palabras, frases o párrafos que no tienen ningún sentido con el texto y surge desde la emotividad más que de lo crítico como la marginalia (32). También están los dibujos, que son marcas gráficas presentes en las páginas, que generalmente se encuentran en el borde, o en los espacios en blanco de estas. Suelen estar relacionados o no con el texto, al igual que las marginalias. (37) Las marcas de atención son aquellas pequeñas marcas o breves anotaciones que dan cuenta de lo importante que ha sido un párrafo o una frase para el lector. En estos se encuentran los subrayados, estrellas, corazones, etc. (41) Otras son las anotaciones numéricas (43) y los timbrajes (45). Cada uno de estos tipos de inscripciones dan cuenta de una participación activa del sujeto en la lectura, pues logra plasmar en el papel sus ideas y opiniones. De manera que su voz queda inscrita en las páginas y se complementa o discute con la voz del narrador o del autor.

En la obra a analizar, se aprecia que Hanff está absolutamente a favor de las marcas textuales y de las huellas librescas. Estas dan cuenta de su lectura activa, que le permiten marcar los libros, ya sean las frases que más han llamado su atención, o aquellas que sirven para sus estudios. También es capaz de hacer sus propios comentarios, de los que se hablará a continuación.

6.1 La intimidad en la marginalia y huellas librescas en 84, *Charing Cross Road*:

Hoy por hoy, la marginalia no suele ser una práctica común, aunque en los textos de estudios como libros escolares, se aprecian aún más. Esto es debido a que subrayar o comentar permite una mejor comprensión al momento de estudiar. En el caso de los formatos digitales, las huellas librescas tienen limitaciones, pues hay aplicaciones que permiten escribir directamente en la obra, otras en las que solo se pueden dejar comentarios en una ventana apartado del texto.

Cuando se piensa en el libro como un espacio íntimo o personal, la marginalia y huellas librescas tienen una gran significancia. La lectura permite que se conozca lo que el material

textual entrega, y las marcas realizadas por el lector –al margen o en el mismo texto– permiten que la relación entre el objeto y el sujeto receptor se vuelva más estrecha. De manera que las inscripciones, anotaciones o marcas, dan cuenta de una cercanía con el objeto. Con respecto a las marginalias, Borsuk menciona que: “Incluso después de la llegada de la imprenta, los lectores siguieron utilizando esos *marginalia* como forma de involucrarse más con el libro y convertirlo en un espacio privado de diálogo con el autor.” (102). Esto quiere decir, que el receptor de la obra se involucra mucho más con el objeto. Como se expresó en el apartado anterior, no es alguien que solo recibe información, sino que se vuelve un participante activo, donde es capaz de comentar, tensionar o estar de acuerdo con el autor y/o personajes. Es así como este vínculo entre lector y objeto se hace visible (103). En este sentido, el libro no es solo un contenedor de palabras, pensamientos e imaginación de un escritor, sino también las ideas, opiniones y voz del mismo lector.

Helene Hanff fue consciente de que los libros eran un espacio de saber y exploración, que eran un lugar en el que se podía habitar y dialogar con las palabras del autor. Así lo explica en la carta del 8 de diciembre de 1949, que envía a Frank Doel, luego de recibir uno de los libros: “[...] Me encantan esos libros de segunda mano que se abren por aquella página que su anterior propietario leía más a menudo. El día que me llegó el ejemplar de Hazlitt, se abrió por una página en la que leí: «Detesto leer libros nuevos.» Y saludé como un camarada a quienquiera que lo hubiera poseído antes que yo” (17). En otras palabras, Hanff estaba a favor de las marcas no solo textuales, sino también las físicas. Pues disfruta de ver como la relación que el antiguo propietario se puede ver, tanto en las hojas, cuando el libro se abre muchas veces en una parte en específico, como en las marginalias. Con esta última, el lector pasa a estar contenido en el libro, pues su voz se mezcla con la del autor, el narrador o los personajes.

Y eso no es todo, gracias a que Hanff obtuvo el libro, se pudo crear una intimidad entre estos dos lectores, ya que ella logra conocer algo de este: no le gusta leer libros nuevos. Hay que recordar que el concepto “intimidad” tiene que ver con lo que está más adentro, con darse a conocer a sí mismo. En este sentido, el antiguo propietario le permite a la escritora saber un gusto, que seguramente no tiene mucha significancia, pero para ellos sí. Por eso, es posible afirmar que las marcas textuales y la escritura al margen dan cuenta de

esta intimidad que se relaciona con el libro, tanto a nivel de contenido como de materialidad. Y también entre los lectores, en caso de que se preste un libro con marginalia o se encuentre un libro con estas huellas. Además, Hanff es fiel a la escritura en los márgenes y es consciente que esto está mal mirado en la sociedad. En la carta del 25 de marzo de 1950, le pide a su librero personal que le enviara un libro porque estaba rayando uno que había sacado de la biblioteca: “[...] Algún día me descubrirán y me quitarán mi tarjeta de lectora” (21). Aun cuando Hanff sabía que podían cancelar su tarjeta de acceso a la biblioteca, no le importó escribir en estos. No se sabe qué tipo de comentarios dejaba, pero seguramente estos podían servirle a un próximo lector para entender de mejor manera lo que leían.

Dentro del libro también existe otra situación que refleja la intimidad entre los lectores mediante las dedicatorias a la hora de regalar libros. En la carta del 16 de abril de 1951, Hanff envía una carta al personal de Marks & Co. en agradecimiento por el libro que estos le enviaban. En este se encontraba adjunta una tarjeta donde le felicitaban por su cumpleaños y le agradecen lo que ella había hecho por ellos (44). A raíz de esto, la autora menciona que:

(...) Habría deseado que no hubieran sido ustedes tan excesivamente correctos dedicándomelo en una tarjetón adjunto, en lugar de escribir su dedicatoria en la página de guarda del propio libro. Pero ustedes son libreros, claro.... y se les nota: han temido que una dedicatoria manuscrita en el libro le hiciera perder valor..., cuando para su actual propietaria lo habría incrementado muchísimo. (Y posiblemente también para un futuro propietario. A mí me encantan las inscripciones en las guardas y las notas en los márgenes; me gusta el sentimiento de camaradería que suscita el volver páginas que algún otro ha pasado antes, así como leer los pasajes acerca de los otros, fallecido tal vez hace mucho, llama mi atención.) [...] (Hanff 45)

La primera parte de esta cita refleja el temor de muchos lectores y es el de destruir o arruinar los libros escribiendo en ellos. Sin embargo, para Hanff estas marcas hacen del objeto más íntimo. Encontrarse con huellas de manipulación en libros usados, le permiten a este nuevo dueño ser parte de la intimidad que tuvo el antiguo propietario con el libro, o la relación entre dos personas, que se plasma en las inscripciones en las guardas. De manera que los

sentimientos o pensamientos plasmados por parte del lector, permiten que el libro tenga más valor que uno sin usar. De manera que el lector del pasado también invita al lector del presente a su intimidad, a sus pensamientos y sus ideas.

Es por esto que cuando se entiende al libro como un espacio que se puede habitar, inmediatamente los lectores sabrán que el marcar, decorar, plasmar sus ideas, y añadir sus voces a este espacio, no es un delito. Al contrario, todo esto permite que se cree una cercanía mayor con el libro, a partir de una lectura más activa. Es decir que, como se mencionó antes, la voz del lector se mezcla con la del autor o la de los personajes. Por lo tanto, el libro no solo resguarda las memorias o imaginación del autor, sino también de un lector. De manera que este espacio que se habita mediante la lectura, se vuelve parte del receptor gracias a sus huellas. Así, cada vez que este relea alguna obra, recordará aquellos pensamientos o recuerdos.

7. CONCLUSIÓN Y PROYECCIONES

Como se puede apreciar, *84, Charing Cross Road* es un libro absolutamente íntimo. Desde la primera hasta la última página, comparte elementos que le permiten al lector mantener una relación con este objeto, y también con la historia y los elementos que expone. Para esta investigación se tomó el concepto de intimidad definido por José Luis Pardo en el libro *La intimidad*, el cual consiste en contar de sí mismo de una manera transparente, incluso hablar

de las debilidades y errores. Bajo este concepto, se separaron en distintos apartados los cuatro elementos que demuestran el carácter íntimo de la obra.

El primer apartado abordó el carácter epistolar de la obra, donde se contextualiza de manera histórica a partir de la mirada de Armando Petrucci. Las cartas de *84, Charing Cross Road*, que, según el escenario histórico, tienen el carácter privado, le permiten a los interlocutores ser partícipe de la intimidad del otro. Como pude demostrar, desde un comienzo Helene Hanff cuenta sobre sí misma y poco a poco se van sumando otros personajes, de manera que la amistad con la autora va desarrollándose sin dificultad. Esto los lleva a compartir cosas más personales y a hacer confesiones que le permiten al destinatario conocer la autenticidad de cada personaje. Por otro lado, también se encuentra el lector real, que gracias a la lectura es testigo de este intercambio de palabras y el surgimiento de la amistad entre la autora y sus amigos de Marks & Co.

Un segundo apartado estuvo dedicado al libro como objeto, donde se realizó un contexto histórico de la mano de Amaranth Borsuk y Alberto Manguel. Luego se hizo un análisis sobre la intimidad en el libro como objeto, pues dentro de la obra este adquiere un gran protagonismo. Se le otorga al libro la función de ser el que resguarda tanto las ideas, las historias y memorias, como un espacio físico, que para Hanff sería Inglaterra. Pero también se encuentra el cariño y dedicación que su amigo, Frank Doel, puso en conseguirle cada uno de esos libros que ella solicitaba. Igualmente, se vio el libro *84, Charing Cross Road*, como un objeto que mantiene en su interior las memorias de cada uno de estos personajes. Este se vuelve un espacio íntimo tanto en lo que contiene como en la simulación de las cartas en sus páginas.

Un tercer análisis se entrelaza con el de arriba y se refiere a la lectura. Para poder acceder a la intimidad del libro, es necesario leerlo. A partir de reflexiones de Alberto Manguel se explicó el placer que entrega la lectura, y cómo este acto permite tener una intimidad con el libro cuando se lee en silencio o se lee en voz alta. José Luis Pardo comenta algo similar, solo que añade que el contar sobre lo leído también es compartir una intimidad y que para el lector, no importa si los personajes son reales o ficticios. Su espacio de intimidad se respeta, pues, una vez más hay autenticidad en estos a la hora de hablar. Además, Hanff demuestra la relación cercana con sus libros mediante la relectura; como vimos, la autora es una fiel seguidora de releer, pues busca libros que anteriormente leyó. También se demuestra

la intimidad en el compartir lo que leyó, como cuando le cita a Doel algunos pasajes de sus libros o cuando le comenta que hay libros que la decepcionaron por sus traducciones. Es de esta misma manera que el lector de esta obra también se introduce a lo íntimo del libro mediante la lectura.

Finalmente, se realizó un último análisis en relación a las marginalias y las huellas de manipulación librescas. Como vimos, las marginalias le permiten al lector tener intimidad con el objeto, pues a la hora de plasmar sus pensamientos, comentarios u opiniones, el receptor se inscribe en el libro y se vuelve parte de él. Así sucede con un libro que compró Hanff, pues a través de sus palabras se conoce un comentario sobre un gusto personal de un antiguo lector y la autora está de acuerdo con aquello. Esto lleva a pensar que también se produce un espacio de relación entre los lectores, pues al momento de leer una marginalia o algún comentario, se conoce eso interior del otro: los pensamientos o sentimientos.

Si bien en esta tesina se muestran los diferentes tipos de intimidad en el libro *84, Charing Cross Road*, a modo de proyección esta obra puede ser analizada desde otras perspectivas. Por ejemplo, es posible ampliar la investigación en torno a la figura del lector. Como se vio en este análisis, al ser un epistolario, esta figura presenta otra estructura y se rompe la relación convencional de realidad y ficción. Por otro lado, se podría extender el análisis de la intimidad entre el lector y el librero, donde este último se vuelve alguien de confianza para el consumidor.

8. BIBLIOGRAFÍA

Fuentes primarias:

Hanff, Helene. *84, Charing Cross Road*. Anagrama. 2019, pp. 128

Fuentes secundarias:

Bibliografía crítica:

Masoliver, Juan. “¿Novela o cuento?”. *Revista de libros de la Fundación Caja Madrid*, No. 83. Fundación Caja Madrid, 2003, pp. 41

Naugrette, Jean-Pierre. “84, Charing Cross Road”. *Revue des Deux Mondes*. *Revue des Deux Mondes*, 2001, pp. 158-163

Silva, Renan. *La mujer que amaba los libros y muchas cosas más*. *Revista de estudios sociales* No. 49, 2014, pp. 206-208

Bibliografía teórica:

Aranguren, José. “El ámbito de la intimidad”. *De la intimidad*. Editorial Critica, 1989, pp. 17-24

Bajtín, Mijail. *Estética de la creación verbal*. Siglo veintiuno editores.

Borsuk, Amaranth “The Books as Content”. *The Books*. MIT Press, 2018, pp. 61-109

Castilla del Pino, Carlos. “Introducción”. *De la intimidad*. Editorial Critica, 1989.

----- “Público, privado, íntimo”. *De la intimidad*. Editorial Critica, 1989, pp. 25-31

Cavallo Guglielmo y Roger Chartier. *Historia de la lectura en el mundo occidental*. Taurus Minor, 2001, pp. 663

Chatman, Seymour. “Discurso: historia no narradas”. *Historia y discurso: La estructura narrativa en la novela y el cine*, Taurus humanidades, 1990, pp. 157-208

Jackson, H J. “History.” *Marginalia: Readers Writing in Books*. R. R. Donnelley & Sons, Harrisonburg, 2001, pp. 44-80

Manguel, Alberto. “Las formas del libro”. *Una Historia de la lectura*. Siglo veintiuno editores, 2014, pp. 139-162

------. Elogio de la lectura, 2006.

<http://www.enriquevilamatas.com/escritores/esCRManguel2.html>

Martinez, María Victoria y Natalia Ortiz. *Vea lo que hay en este libro*. Biblioteca patrimonial recoleta dominica, 2018, pp. 96

Morales, Leonidas. “Presentación”. *La escritura de al lado: géneros referenciales*. Editorial cuarto propio, 2001, 11-16

Pardo, José Luis. “Introducción: banalidad e intimidad”. *La intimidad*. Pre-textos, 2004, pp. 9-30 .

Petrucci, Armando. *Escribir cartas: una historia milenaria*. Colección Scripta Manent, 2018, pp. 247

Violi, Patrizia. “La intimidad de la ausencia: formas de la estructura epistolar” *Revista de Occidente*. Banco Urquijo, 1987, pp. 87-99